

## FORO COMPLUTENSE

### **Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

*Modera: Rosa Falcón (directora del Foro Complutense)*

**Jueves 8 de Marzo de 2007**

**Lugar de celebración: Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla**

***Rosa Falcón (directora del Foro Complutense)***

Hola, buenas tardes. Hoy tengo el gusto de presentarles a Vicente Molina Foix, muy conocido por todos, no obstante, voy a leer un breve currículum para recordar un poco su trabajo literario y su obra. Estudió filosofía en la Universidad Complutense, en Madrid, residió ocho años en Inglaterra, donde se graduó en Historia del Arte por la Universidad de Londres y fue tres años profesor de literatura española en Oxford. Es un artista polifacético, un artista total, porque ha trabajado como autor dramático, crítico, director de cine... (recordemos su película *Sagitario* en 2001).

En el campo de la novela, sus principales publicaciones narrativas son *Museo provincial de los horrores*, *Busto* (Premio Barral 1973), *La comunión de los atletas*, *Los padres viudos*, *La Quincena Soviética* (Premio Herralde), *La misa de Baroja*, *La mujer sin cabeza*, *El vampiro de la calle Méjico* (Premio Alfonso García Ramos). Cabe también destacar sus versiones de obras teatrales como el *Hamlet* de Shakespeare, *El rey Lear*, *El mercader de Venecia*, y también reseñas de películas que están reunidas en *El cine estilográfico*.

Ha presentado recientemente un nuevo libro, *Tintoretto y los escritores*, coincidiendo con la primera muestra antológica del pintor veneciano en el Museo del Prado, y creo que también ha participado con un relato en un libro solidario, *Inmenso estrecho*, con cuentos sobre la inmigración. Además, acaba de ser galardonado con el Premio Salambó de Barcelona con *El abrecartas*, su última entrega, una magnífica obra que se inicia con las cartas que un amigo de la infancia de Federico García Lorca escribe al poeta. El poeta, aún vivo, escribe sobre sus anhelos y sus sueños y, a partir de ese primer episodio, el lector seguirá el curso de lo que el propio autor llama “novela en cartas”, una obra en la que cada capítulo forma parte de un único argumento, desarrollado a través de unos protagonistas que, en lugar de hablarse, se escriben. Es un

## **FORO COMPLUTENSE**

### **Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

Modera: Rosa Falcón

género poco habitual en la literatura española, de hecho, resulta más corriente en literatura inglesa o extranjera, pero es una ambiciosa novela, “una novela-río subterránea en la que los últimos cien años de la vida española aparecen reflejados en el sugestivo entrecruzamiento de la historia, con las historias privadas de un grupo de víctimas supervivientes, vividores, de la modernidad. Una generación moderna y maldita, hombres y mujeres que se mezclan, a su vez, con personalidades relevantes como Lorca, Vicente Aleixandre, María Teresa León, Rafael Alberti, Eugenio D’Ors”, entre otros... Podríamos seguir hablando... también ha escrito libretos de ópera...

#### ***Vicente Molina Foix***

No, entonces ya no nos quedaría tiempo para la charla...

#### ***Rosa Falcón***

... Es que realmente es un autor total, porque podríamos hablar también de sus colaboraciones con Luis de Pablo... y hemos nombrado también sus versiones de Shakespeare, pero creo más bien que estamos todos deseando escucharle. Muchísimas gracias, Vicente, por estar aquí con nosotros. Bienvenido al Foro y a la Biblioteca de la Universidad Complutense. Es un placer.

#### ***Vicente Molina Foix***

Muchas gracias. Sí, la verdad es que yo temía que siguieras hablando de la novela, porque en realidad me dejabas a mí sin tema, [se ríe].

#### ***Rosa Falcón***

La he leído... me ha encantado.

#### ***Vicente Molina Foix (escritor)***

No lo dudo, no lo dudo. No, simplemente quería, dentro de lo que intenta este ciclo, compartir ciertas cosas con todos vosotros, que habéis venido tan amablemente, tanto con aquellos que hayan podido leer el libro, como los que no (no voy a contar el

## FORO COMPLUTENSE

**Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

Modera: Rosa Falcón

final, para aquellos que no lo hayan leído)... Además, es una novela en la que contar algunas cosas, como hizo un crítico, sería un delito, pero sí me gustaría compartir algo que el escritor rara vez hace, excepto en actos como éste (ni siquiera en una entrevista lo suelo hacer, porque normalmente no hay tiempo o luego la cortan en los periódicos o la persona que la hace no ha leído el libro, en fin), que es hacer algo que yo, como público, que he sido muchas veces público de actos como éste y similares también, he agradecido oír a alguien, a un escritor, lo admires o no, en fin, a un escritor al que acudes a oír, oír un poco los secretos de la cocina, los secretos de la escritura de un libro. No porque uno vaya a aprender, yo estoy seguro de que no todos vosotros queréis u os interesa hacer una novela, o a lo mejor, sí. Simplemente porque, así como uno se fascina a veces viendo trabajar a un artesano de los pocos que van quedando, mientras hace una silla o una cesta de mimbre o, en los países más “atrasados”, ver observar ciertas actividades que ya en Occidente apenas se ven, o se hacen de manera industrial; ver, por ejemplo, en alguna ciudad marroquí a los que están haciendo las telas, tintándolas, ese tipo de cosas...

En fin, el secreto de toda actividad y, al fin y al cabo la literatura no deja de ser una actividad, tiene mucho misterio, tiene mucho interés para aquellos que no la conocen o que la conocen, pero no la practican de la misma manera, es decir, hay algo, un recetario y un secreto, unas fórmulas literarias que realmente yo he agradecido siempre cuando he tenido ocasión de oírlas. Recuerdo, por ejemplo, el placer que suponía oír a Jaime Gil de Biedma en los recitales de poesía que daba que, aparte de leer muy bien sus propios versos, entre verso y verso, es decir, entre poema y poema, contaba un poco el mundo que hay detrás del poema. No tanto las revelaciones amorosas que pudiera haber, sino, por ejemplo, una imagen de la que había partido, el autor inglés, en su caso generalmente, que le había inspirado. Es decir, ese tipo de detalles que pueden realmente desembocar después en una obra y que el lector, repito, sea el lector de ese libro o ese poema, o no, podría agradecer.

Yo, en este caso, quiero empezar hablando de *El abrecartas*, la novela por la que hoy vengo invitado tan amablemente. Quería empezar citando una pequeña... no la llamaré fábula, pero es una historia que tiene que ver con uno de los autores con quien yo más relación he tenido, por desgracia sólo post mortem y al cabo de los siglos, pero con quien he tenido una relación de cierta intimidad, puesto que me he pasado, yo diría

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

que casi un año y medio de mi vida metido en su mundo, tratando de reproducirlo en mi lengua y tratando, justamente, de llegar, en mi caso, por necesidad asumida, a sus secretos como escritor, que es William Shakespeare. Yo he traducido tres obras de Shakespeare: *El mercader de Venecia*, *Hamlet* y *El rey Lear*, y ha sido un escritor... casi es una tontería decirlo, porque estamos hablando de uno de los grandes, pero es uno de los escritores a los que constantemente vuelvo, releo, y del siempre se aprende y, de alguna manera, puesto que traducir es, a la fuerza, intimar con un texto de forma casi obscena, porque tienes que desnudarlo, desentrañarlo, acostarte con las palabras y al día siguiente tratar de darles un sentido, que en el caso de Shakespeare no siempre es fácil, pero sí muy gratificante. Yo diría que lo más gratificante en mi vida como aprendiz de cosas literarias (yo siempre he sido un aprendiz y lo sigo siendo), quizás lo más gratificante de mi aprendizaje como escritor ha sido tener que convivir y luchar y tratar de ponerme a la altura de estas palabras de Shakespeare en esas tres obras que he traducido. Nunca he traducido, sin embargo, una de mis favoritas, que es *Antonio y Cleopatra*.

En esta obra, en el Acto II, Escena V, hay un primer episodio, muy interesante, que consiste... el tema básicamente ya lo conocéis: la obra trata de los amores de Marco Antonio, tal como lo conocemos nosotros, y Cleopatra, con el trasfondo político de las luchas internas en el senado romano: la figura de Julio César, la de los demás conspiradores contra Julio César y después también rivales de Marco Antonio y, por supuesto, la figura legendaria de la reina de Egipto. Marco Antonio ha conocido en un viaje estrictamente político a Cleopatra, ha habido un primer *flirt* entre ellos, pero Marco Antonio se tiene que volver a Roma, donde le reclaman sus obligaciones militares y políticas y, en Roma, por una cuestión de conveniencia política, se casa, a pesar de que ya ellos dos están enamorados –Cleopatra, la reina, y él–, se casa con Octavia, que es la hermana de Julio César. Y la noticia llega a Alejandría, donde está Cleopatra. Una de las escenas, que es, para mi gusto, maravillosa, de las que marcan, además, lo que es la obra, y yo diría también que marcan lo que es la grandeza de Shakespeare cuando hace obras históricas y, de alguna forma, ésta lo es, y es que cuenta muy bien una historia –la historia de Ricardo III o la Guerra de las Rosas, o cualquier otra de las fábulas o piezas históricas que ha hecho–, pero, al mismo tiempo, está contando lo que vivían en sus casas esos personajes que, a veces, son tan famosos como

## FORO COMPLUTENSE

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

Enrique VIII o Cleopatra o Julio César. Esta mujer (porque Cleopatra no es una leyenda en la obra, sino que es una mujer, una reina, pero fundamentalmente una mujer) tiene un tremendo arrebatado de celos, como sería lógico, al oír que el hombre al que quiere, con el que esperaba casarse o compartir la vida, se ha casado con otra, una desconocida – Octavia, le dicen que se llama– en Roma. Entonces, despide al hombre que le ha dado la noticia y, a sus ayudas de cámara, sirvientes de confianza, que en la obra tienen bastante papel, les pide que manden emisarios más específicos, verdaderos espías profesionales, para que le cuenten cómo es esta mujer. Si no recuerdo mal, en el Acto III, Escena III, llega el mensajero. Y es una de las escenas para mí más inolvidables de una obra tan llena de momentos y frases y personajes y versos inolvidables como es la de Shakespeare.

En esta escena hay un intercambio entre esta mujer, celosa, enamorada y deseosa de saber quién es su rival, y el pobre mensajero. En lugar de preguntarle cómo está la situación en Roma, que está muy caliente, muy ardua, y cómo es Julio César, y cuál es el peligro inminente, como luego se verá en el resto de la obra, donde los romanos van contra Egipto y tratan de conquistar su reino, esta mujer le pregunta al mensajero si Octavia es muy alta, cómo lleva el pelo y cómo habla, si habla de manera aguda o tiene una voz apagada. Y cuando el criado le dice que es más baja que ella, que habla apagadamente, Cleopatra tiene una especie de arrebatado, de exaltación y dice: “Estoy tranquila, porque sé que Marco Antonio no va a poder seguir enamorado mucho tiempo de una mujer que es un retaco (en inglés, *dwarfish*) y que habla, no como yo, sino de una manera monótona, que va a hacerle la vida conyugal insoportable, y volverá a mí. La obra continúa y ya sabemos, entre otras cosas, su trágico final, después de muchos avatares.

Esta es una obra que cuando yo la leí, después me acuerdo que vi en Londres, en esta etapa que tú has evocado [dirigiéndose a Rosa Falcón], con Glenda Jackson interpretándola en el teatro, siempre me maravillaba, porque uno olvidaba no sólo en esta escena, que es especialmente brillante y reveladora, sino en todas las escenas posteriores de amor entre esta pareja (porque la historia en realidad cuenta la crisis de una pareja de enamorados, fastidiada por el marco político y las conspiraciones que les acechan), cuando la veía, realmente me daba cuenta de que Shakespeare tenía la gran habilidad de contar dos historias con el mismo éxito. Es decir, le daba al espectador de

su época y al lector de hoy ese doble beneficio: contar muy bien lo que pasó en aquel momento y, más o menos, con algunas libertades, Shakespeare era fiel a los marcos históricos que cogía en sus obras, tanto las romanas como las británicas, y, al mismo tiempo, era capaz de contar con la misma fuerza, el mismo vigor, el mismo sentido del humor que, en esta obra es verdaderamente extraordinario, la crisis de una pareja con un tercer elemento por medio, que es esta mujer impuesta por la conveniencia política.

Al mismo tiempo, la obra se llama *Antonio y Cleopatra*: estamos hablando de Cleopatra, una de las grandes leyendas de la historia universal, y de Marco Antonio, que tampoco se queda manco en ese aspecto. He contado esto porque cuando he tenido que hablar de *El abrecartas*, salvando las innumerables e infinitas distancias, siempre he pensado que lo que, para mi sorpresa, acabó siendo este libro, yo nunca había pensado hacer una novela “histórica”, como creo que es, pero ni siquiera entre comillas lo había pensado, pero lo que *El abrecartas* pretende ser es, en realidad, una novela de la historia que, a falta de mejor expresión, llamaría “historia en zapatillas”. Es decir, de la historia vivida en el cuarto de estar, en bata y zapatillas, si es que estas prendas se siguen llevando hoy. Para los hombres, sobre todo, es muy difícil, porque ya no se encuentran batas adecuadas, pero esta historia en zapatillas, aplicada (y no soy el único que lo ha hecho, desde luego, pero desde luego yo sí creo haberlo hecho) a personajes que no son en este caso Antonio ni Cleopatra, ni siquiera el General Franco o Stalin, como la novela recientemente escrita por un mexicano, sino aplicada a personajes que han desempeñado un papel importante, no diré sólo en la historia, sino en la vida intelectual, moral, mental de nuestro país en el siglo XX, y que comparecen como tal. [Dirigiéndose a Rosa Falcón] Tú misma has citado en la presentación a Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Eugenio D’Ors, María Teresa León, Rafael Alberti, etc., y lo que se cuenta de sus actividades públicas o de sus obras es real, pero, al mismo tiempo, comparecen como personajes, dicho con una frase un poco trillada, “de carne y hueso”, es decir, con la misma carne y con el mismo hueso, y con la misma intimidad o idioma privado que Antonio y Cleopatra (y, sobre todo, Cleopatra) tienen en esta obra de Shakespeare. La historia en zapatillas... yo confieso aquí que soy muy mal lector y tengo poca paciencia para las novelas históricas, porque estamos hablando, evidentemente, de novela.

## FORO COMPLUTENSE

**Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

Modera: Rosa Falcón

Yo no he hecho un libro de historia y nunca lo podría hacer... y me gusta, a veces, leer libros de historia, más que leer novelas históricas, sobre todo de la rama templaria y esotérica, que ahora hay tantas. Entonces, como decía, he sido mal lector de novela histórica, si bien hay grandísimas novelas históricas, como he sido mal lector de novela negra, y hay grandísimas novelas negras. Como yo tengo una doble militancia, porque soy tanto escritor como aficionado al cine; he hecho una película, lo cual no me da la categoría de director, pero sí soy, digamos, cinéfilo, “del cine”, entonces claro, me gusta mucho leer y me gusta mucho, y lo sigo haciendo, ver películas. Por eso tengo mucha más paciencia en el cine para ver películas históricas y cine negro que en la novela para el novelón histórico o el *thriller* escrito, aunque, insisto, hay grandísimos autores y algunos los he leído con mucho gusto. Nunca he tenido verdadera curiosidad por estos dos géneros en la novela, sobre todo, y es una carencia mía, no lo digo con ningún orgullo especial: los libros de historia española, tanto antigua como contemporánea, no me han dicho nada. Lo que pasa es que he leído novelas históricas y se me ocurren dos que leí en mi etapa de estudiante en la Universidad Complutense y que me causaron una vivísima impresión, quizás porque no era buen lector de novelas históricas, que son dos libros que tienen que ver con la historia contemporánea, con la Guerra Civil Española de fondo: uno es la novela de Sender, *El rey y la reina*, y el de Max Aub, *Las buenas intenciones*. Porque ahí había eso que se ha hecho muchas veces en literatura, pero que en esos dos casos se hace de forma particularmente brillante, que es contar la historia y tú ves, por ejemplo, en la novela de Sender, lo que está pasando en ese Madrid un poco misterioso, inseguro y, al mismo tiempo, muy vivo, muy excitante, del Madrid sitiado por las fuerzas de Franco, que él refleja en *El rey y la reina*, pero todo situado en el microcosmo de esta casa, de estos porteros, de estos nobles, es decir, en un drama, una vez más, que tendría que ver con el drama privado de Antonio y Cleopatra en la obra de Shakespeare. Pero como no he sido un lector, como no he sido un aficionado y como el género, en sí mismo, nunca me ha atraído, yo jamás pensé que haría una novela que se pudiera, insisto, catalogar como “histórica”.

Hice una novela anterior, que obtuvo el Premio Herralde en su momento, que se llama *La Quincena Soviética*, que es una novela que, a su modo, también utiliza elementos de historia contemporánea: es la historia ficticia de un militante universitario del partido comunista en la España de los años sesenta, es decir, algo que podría ser

## FORO COMPLUTENSE

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

tomado de mi propia vida, aunque yo nunca fui miembro del partido comunista ni era, como el protagonista de mi novela, originario de Burgos, pero sí es verdad que utilicé algunos elementos de mi propia experiencia en la universidad de los últimos años sesenta en Madrid, de los sucesos en los que yo me vi involucrado como militante muy modesto en la lucha antifranquista, etc. Y bien, era una novela sobre una crisis personal y sobre una historia privada que este joven militante, encargado de organizar un acto de agitación política que se llama *La Quincena Soviética*, tiene en la novela, que transcurre la mayor parte del tiempo en Madrid, y que tiene una escena, que es uno de sus clímax (por esas casualidades, viniendo hacia aquí hace un rato he pasado por delante) en una iglesia muy bonita y muy desconocida, yo creo, para sus méritos, que está aquí al lado, que es San Antonio de los Alemanes, en la Corredera Baja. Es una iglesia que durante algún tiempo no se podía visitar porque estaba en obras, como tantas cosas en Madrid, pero en este caso, han acabado, para bien, y es una iglesia de planta octogonal, muy original, pequeña, aunque no tanto como lo parece por su extraña planta, y toda ella con frescos de Claudio Coello del techo al suelo. En esa iglesia el protagonista, huyendo de una carga de la policía, de los grises de Franco, se refugia, y ahí... bueno, no voy a contar la novela. Eso es lo más cerca que yo había estado nunca y pensé que nunca más volvería a estarlo de otra forma, a –no diré de la novela histórica–, pero sí de la novela que tiene que ver con cosas de historia reconocible, o de vida contemporánea. Las novelas que yo he escrito han sido, en su mayoría, más de otro tipo. No sé cual, pero de otro tipo.

O las novelas que han hablado de la España del siglo XX, con gran profundidad y con gran carga reveladora, por ejemplo, las de Juan Benet, como *Herrumbrosas lanzas*, que tiene como fondo la Guerra Civil, no pertenecen al tipo de novela histórica que a mí no me interesa. Esas sí me interesan mucho, porque son novelas poéticas, por decirlo de alguna forma, novelas líricas sobre un fondo histórico.

Pues bien, un día, hace tres años, recibí un extraño encargo, uno de los más extraños que he recibido en mi vida, por eso lo acepté, que consistía en ir en compañía de otros nueve escritores (que incluía desde escritores más jóvenes que yo a la más veterana y estupenda compañera de viaje, Ana María Matute), invitados por el gobierno suizo a visitar durante diez días Suiza, varias ciudades que ellos mismos habían elegido, conocer a una serie de personas, emigrantes españoles a Suiza en los años cincuenta y

## FORO COMPLUTENSE

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

sesenta, con sus descendientes. Nos invitaron a conocer algunos de los lugares que habían significado algo importante en el mundo de la emigración española en Suiza y, a la vuelta, escribir un texto de unas diez o quince páginas sobre temas que a cada uno de nosotros nos repartían. Y a mí me tocó el tema de la emigración en todas sus facetas, es decir, no únicamente la social, la económica, de los españoles de los años sesenta a Suiza. Es un tema que, como podéis imaginar, yo conocía de referencia por haber vivido en esa época y por saber que en la España de los cincuenta y sesenta muchos emigrantes, sobre todo de Andalucía y de Extremadura, se iban a los países europeos, de Centroeuropa, Alemania, Bélgica, Suiza, y también muchos gallegos, algunos de los cuales traté en mis años ingleses... iban allí y yo he comido cantidad de chuletas de cerdo servidas por gallegos en los restaurantes baratos de Londres, donde eran casi una mayoría. Sabía, por tanto, de la existencia de este fenómeno, que es un fenómeno muy conocido simplemente por cultura general. Yo no me había ido a Inglaterra de esa forma, yo me he ido como un joven con más apoyo económico, con una cierta seguridad, pero traté con emigrantes gallegos allí, pero nunca había tratado con un español que había emigrado a Suiza ni sabía nada de eso.

A la vuelta, después de aceptar ese encargo, un poco suicidamente, aventureramente, recuerdo que hablaba con otros amigos que estaban en el mismo viaje, nos dimos cuenta de que nos habíamos comprometido a algo que era, probablemente, no sólo raro, sino difícil, lo más difícil que nos habían encargado en la vida, porque teníamos que escribir un texto que no podía ser una novela, porque para eso no nos invitaban ni nos pagaban, ni tampoco un ensayo sociológico, para lo que no estábamos, digámoslo así, preparados, ni deseosos, y que, al mismo tiempo, tenía que tener un poco de todo eso. Confieso que pasé un verano difícilísimo, el primer mes, en julio, dando vueltas a lo que quería hacer, una especie de panorama, como un artículo de periódico, pero que no salía tampoco, porque no iba a ser leído en un periódico, ni ellos querían que fuera una cosa informativa, con datos, que a mí me aburría soberanamente. Hasta que un día, después de algunos intentos truncados, se me ocurrió la posibilidad de utilizar aquellas cosas que yo había conocido en el viaje (entre las cuales hubo muchas conversaciones muy interesantes y visitas a emigrantes e hijos de emigrantes del sur de España), utilizar esos conocimientos y algunos libros que yo había leído después a continuación, y crear un texto (al principio yo lo llamaba texto, sin saber a qué género

pertenecería) en el cual se pudiera dar esa información y, por tanto, cumplir con la parte formal del encargo, y, al mismo tiempo, no hacerlo un pestiño insoportable.

Y así se me ocurrió lo que yo llamé “Cartas suizas”, que era un texto en el cual un personaje de mi invención, pero que, sin duda, estaba basado en vivencias que yo había oído en mi viaje, un personaje de la universidad española de ese momento, que yo encarné en un valenciano, un estudiante de arte de la Universidad de Valencia que se va a Suiza con una beca que un antiguo profesor suyo le consigue, huyendo de los problemas políticos que tiene en la España franquista, porque le han detenido en una manifestación antifranquista, le han metido unos días en la cárcel. Su padre (como pasaba a muchos de los jóvenes universitarios antifranquistas de la época) tenía cierta influencia y había logrado sacarlo de la cárcel para que su asunto no pasara a mayores, pero ya tenía un expediente, con lo cual tenía que estar (algo que me ocurrió a mí mismo) un año fuera de la universidad: no podías estudiar un año, y este personaje ficticio que yo me inventé se iba en ese año con una beca que un antiguo profesor simpatizante de él le había conseguido en la universidad de Basilea.

Y en el tren que toma en Valencia, que llega a Barcelona y que luego continúa a través de Francia a Suiza, conoce en tercera clase, porque tiene poco dinero y quiere ahorrar, a un personaje que es un andaluz de un pueblo de Almería que se va a Basilea, con mucho menos colchón de todo tipo, a buscarse la vida, dejando un pueblecito del norte de Almería, de la provincia de Almería, a su mujer y a su niña recién nacida. Ahí se desarrolla una conversación, una historia, en la cual yo, haciendo, de alguna forma, ficción, pero ficción basada en hechos todos ellos reales y contrastados y oídos de sus protagonistas, contaba el fenómeno de la doble emigración que en Suiza tuvo, como en otros países (en Francia, por ejemplo, pero en este caso, era Suiza la elegida), una dimensión notable, que era el emigrante político –José Ángel Valente, por ejemplo, fue a Suiza y una de las visitas de este viaje fue en Berna, en un centro de emigrantes, gallegos, en su mayoría, en este caso, como el propio Valente, que se llamaba Centro José Ángel Valente, en homenaje a quien había sido un emigrante voluntario (él no se tuvo que ir por ningún problema personal, sino por la asfixia franquista), de hecho, había sido trabajador en las Naciones Unidas, mejor pagado, desde luego, que sus compatriotas gallegos, pero había sido también un autoexiliado de la España de esos años, en su caso, de forma política.

Ahí nació ese relato, relato ensayístico, en el cual yo decidí, para darle... es uno de los secretos de cocina a los que antes me refería. Yo lo hice en forma epistolar para no crear un relato puro. Como se suponía que no teníamos que hacer un relato, ni una novela corta, sino algo híbrido, pensé que esa forma híbrida me la iba a dar el género epistolar que yo nunca había utilizado en la novela. Como tú muy bien has dicho, no es frecuente en la literatura contemporánea, aunque ha habido grandes precedentes muy ilustres, pero que a mí me daba, por así decirlo, la doble posibilidad de introducir en los... en ese caso sólo había un corresponsal, el valenciano, el profesor, que escribe a un amigo, contándole sus experiencias; e introduciendo como co-corresponsal, digámoslo así, a su amigo el emigrante andaluz, que no sabe ni leer ni escribir, a pesar de lo cual se hacen amigos y la cosa se desarrolla por su lado.

Este episodio, para aquellos a los que les interese saberlo, está muy retocado y muy alterado después, ha sido introducido en la propia novela *El abrecartas*. Yo, cuando vi la reacción que tuvieron los suizos que habían encargado el texto y las personas que lo leyeron, que fue muy positiva, de repente me di cuenta de que, casi huyendo de una comisión difícil de cumplir, que no sabía muy bien cómo resolver, había encontrado algo que no es que fuera una panacea, no sabía lo que era, pero sí me di cuenta que había encontrado algo que había tenido un doble efecto positivo: en mí y en los otros. A los suizos les gustó muchísimo el texto. Lo digo con inmodestia. Y a las personas que lo leyeron, que no fueron muchas, porque era un libro, como todos los institucionales, que no se movió mucho. Lo habrán leído, supongo, en Suiza y aquí algunas personas, un libro bonito, pero difícil de manejar, grande, con fotos, bueno, era un libro atípico, como todo en ese viaje de alguna forma lo fue. Pero los escritores, compañeros de viaje... me acuerdo del día de la presentación, unos empleados de Televisión Española que estaban rodando y que, como el cuento, el relato, era corto, habían tenido tiempo de leerlo y les había llamado la atención, y había conectado –no eran nada lectores–... me dijeron “Nos hemos emocionado mucho con este personaje, Antoñico” (que luego cambié de nombre en la novela) “... que relatas, este andaluz que no sabía leer ni escribir”. Había tenido ese efecto favorable hacia los demás en lo que era el relato o texto o lo que fuera, y a mí (claro que, en este caso, era lo más fundamental, puesto que me dio el pie para seguir) me había descubierto la posibilidad de que, a través de un género que parece el más íntimo y, a la vez, es el más objetivo,

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

que es la carta –la carta inventada, claro–, dar salida a una serie de historias que, encadenadas, si salían bien, podían dar una reflexión en clave de ficción, en clave de novela, como es natural, de un acontecimiento histórico y, a la vez, de un “devenir privado”. Una historia pública y una historia privada. La Historia y la “historia en zapatillas” o la de Cleopatra. Y así, de repente, se me ocurrió empezar a escribir *El abrecartas*, libro del que, como me pasa siempre que escribo, cuando empecé no sabía ni cuántas páginas iba a tener, ni de qué iba a tratar, ni a dónde me iba a llevar, ni siquiera si iba a ser epistolar todo él. Porque es la manera en la que escribo.

Hay escritores que escriben de manera totalmente opuesta y les va muy bien: Vargas Llosa o José Luis Sampedro, a quien hice una visita para un libro que estaba escribiendo en su momento, *La edad de oro*. Me maravilló, porque tenía en su casa, en su cuarto de trabajo, algo que en realidad era como el Estado Mayor de la Segunda Guerra Mundial desplegado en las paredes, y los personajes y las acciones y los capítulos eran como el desembarco en Normandía, con barquitos (en su lugar, personajes), banderitas, casi yo diría que lucecitas que se encendían, es decir, todo un dispositivo de que él, además, ya sabía el resultado final, cómo acababa. Y ahí está, José Luis Sampedro o Mario Vargas Llosa y otros escritores que he leído o he oído en estas conferencias de secretos de alcoba o de cocina que han contado. Yo y otros, desde luego, también muy admirables, escribimos de una forma diferente: sabemos lo que queremos más o menos contar o decir o, quizás, la temperatura general en la que nos queremos mantener, pero poco más.

Yo sabía, cuando empecé el libro, hará tres años o poco menos de tres años, que iba a empezar hablando de una persona anónima, inventada, pero posiblemente real, que era uno de los campesinos humildes con aspecto francamente campesino, un poco paleta, en el mejor sentido de la palabra, en el sentido más benévolo de la palabra, de una foto de Lorca muy conocida, de una foto de la infancia de Federico García Lorca, que es una foto en Fuentevaqueros, en la que el propio Federico, con tres años de edad, está como un brazo de mar, con un abrigo y un sombrero, sentado en la típica foto de colegio que todos los niños y niñas nos hemos hecho en nuestra infancia a medida que crecíamos, delante del fotógrafo y con la figura, en este caso, el cura jesuita, en mi caso, el profesor del instituto de Fuentevaqueros, serio, con frac (como llevaban entonces, no ahora, los profesores), rodeado de niños. A algunos se los notaba más humildes que a

otros, por el atuendo, por el peinado, por sus rasgos de clase que a veces se traslucen, y en un extremo, Federico. Y en esa foto, de la que, naturalmente, todos los demás son hoy anónimos, yo le puse nombre a uno de ellos que elegí al azar. El que más me gustó, el que más me sorprendió. Y a ese lo convertí en el personaje de alguien que le escribe cartas a Federico que, posiblemente no mande nunca a Federico, pero que denotan una, digámoslo así, fascinación con el personaje, una especie de querencia a través de lo que es una sombra, puesto que Federico se va del pueblo de Fuentevaqueros, como se fue en realidad, se va a Granada, y este personaje, Rafael Sanahuja, que es el corresponsal que yo me invento, le sigue a distancia y está un poco fascinado en su vida e influido, sin que Federico lo sepa, por la vida y la resonancia pública que García Lorca empieza a tener hasta su muerte. Y a partir de ahí empezó esa novela y, claro, el hecho de que yo, por alguna extraña idea que no sé si llamar literaria o emocional mía, hilara el pretexto original del libro, que era mi correspondencia suiza entre estos dos personajes imaginarios, pero que respondían con todo detalle a realidades vividas...

Unir eso con un amigo inventado de Federico García Lorca al principio no tenía mucho sentido y, sobre todo, yo mismo no sabía el sentido que tenía. Para mí escribir una novela es, muchas veces, encontrar el sentido a algo que late casi imperceptiblemente en mi cabeza. Y si sale bien la apuesta que, como imagináis, es difícil, ya que no tiene las agarraderas de un despliegue estratégico como el que tiene José Luis Sampedro, por ejemplo, si sale bien, no diré que es mejor que otros despliegues, pero sí tiene una ventaja para el escritor, para quien lo hace, y es que mientras dura, el proceso de creación se convierte en algo tremendamente estimulante, yo diría, de manera casi enfática, doblemente creativo. Porque no solamente estás escribiendo cada mañana o cada tarde, sino que encima estás escribiendo antes de escribir en tu cabeza aquello que luego más o menos va a quedar plasmado en la página o en el ordenador, o en lo que cada uno utilice.

Luego me di cuenta de que, en el fondo, el esquema tenía un eco, un paralelismo, porque de nuevo era alguien que escribía de otra persona, la otra persona tenía voz, pero nunca escribía directamente (Lorca nunca escribe) y, a partir de ahí, mil recovecos que sería demasiado largo explicar en detalle; fue surgiendo el libro *El abrecartas*, y fueron surgiendo los demás personajes en esa mezcla permanente y mantenida siempre de personaje totalmente inventado y personaje histórico reinventado.

La novela tiene a Federico García Lorca, tiene a Miguel Hernández, tiene a Vicente Aleixandre de manera muy importante, tiene a D'Ors, a otros muchos, que comparecen, digámoslo así, en zapatillas, como he dicho antes, pero, al mismo tiempo, la novela, en su línea, en su "espinazo", en lo que la mantiene, se desarrolla a través de aquellos personajes que (ahora lo puedo decir –y no siempre para el lector queda claro) son inventados. Es una pregunta que me han hecho mucho en estos pocos meses que han pasado desde que el libro apareció: ¿qué es real y qué es inventado? Evidentemente, todo el mundo sabe que Vicente Aleixandre es real, que Federico García Lorca es real, etc. Pero nadie sabe si, por ejemplo, las frases que yo pongo son reales o inventadas. Y nadie sabe, o la mayoría de los lectores ignora, si personajes fundamentales, en realidad, los protagonistas del libro, Setefilla Romero, el profesor de arte Alfonso Enríquez o una actriz que nunca aparece directamente, pero que es fundamental –me parece que incluso he olvidado su nombre, cosa imperdonable–, estos personajes podrían tener el mismo estatuto de reinención de alguien que existió verdaderamente.

Eso es algo que yo deliberadamente he hecho y que forma parte del libro y que, en mi opinión (y he de decir también, en la opinión de la gente que ha leído el libro hasta ahora, tanto los críticos como la gente que a mí me ha llegado) funciona, porque a nadie le molesta durante la lectura el preguntarte a veces: "Pero ¿esto habrá pasado realmente?" "¿Éste habrá existido?" "¿Esto que cuenta, este Molina, será verdad?" Será verdad o será mentira, pero el libro, naturalmente se tiene que mantener en su propia invención novelesca. También sabemos que Cervantes se inspiraba en cosas de su época y la literatura está llena de historias... Proust es el gran refabulador de personajes y situaciones vividas, que luego los biógrafos (él como era tan gran escritor... yo no he tenido ninguno y espero no tenerlo en mucho tiempo) se han encargado de ir revelando.

Y sabemos que cada personaje, que Odette, que el barón de Charlus, que Swann, son personajes reales del París de su momento que Proust va reinventando. Pero naturalmente, al lector no le importa. ¿Qué le importa al lector? ¿Qué me importaba a mí y a ustedes, seguramente, cuando leyeron por primera vez *En busca del tiempo perdido*, saber que el músico, que la obra famosa de Vinteuil, que se repite como un *leitmotiv* del libro, que esa frase y ese músico, importante en el libro, está basado en Camille Saint-Saëns? Luego lo hemos sabido, leyendo, como decía Borges, los manuales especializados, pero el manual especializado es innecesario para degustar, si

**Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

Modera: Rosa Falcón

ha salido bien, como en el caso de Proust, desde luego, no tengo ninguna duda, esa reinención, esa fabulación de cosas reales, de personajes reales. Con toda modestia y, salvando la enorme distancia, era lo que a mí me parecía: si la novela salía bien, yo buscaba crear un mosaico de personajes, de los cuales hay seis o siete que son los más fundamentales y que sostienen, como digo, el espinazo del libro y, en cuyas vidas, aparecen y desaparecen, siempre en zapatillas, estos personajes famosos y alguno incluso más de la vida política, que también aparece muy episódicamente. Porque, de hecho, quiéralo yo o no, a mi pesar, quizás, aunque no lo he hecho voluntariamente, *El abrecartas* no deja de ser una novela histórica, cosa que a mí mismo me sorprende enormemente. Una novela histórica llena de trucos, de trampas, de trampas tendidas de manera evidente, de manera clara, y trampas de ficción, pero no deja de ser esto, puesto que va pasando la historia.

Es decir, no hay batallas, aunque hay un frente de guerra en Teruel que está reflejado, porque Rafael Sanahuja se lo describe a su prima en una escena de la primera parte del libro, en el primer capítulo, hay factores de la política represiva del momento, porque uno de los personajes centrales es un policía, también ficticio, aunque con elementos tomados de la realidad... Es decir, la novela, voluntaria o involuntariamente, es una novela sobre el peso que la historia de un país, en este caso, España, ha tenido sobre unos personajes que se han visto forzados a vivirla, a soportarla, a sufrirla y, en algún caso, a tratar de librarse de ella. El exilio, la guerra, la posguerra, los años sesenta, todo eso está en el libro, de manera no sociológica, ni puntual, ni mucho menos minuciosamente transferida, pero sí de alguna forma transcurre en el libro. Y la Historia domina a los personajes y les lleva a vivir de una forma o de otra. El destino de Andrés Acero, por ejemplo, el gran amor de la vida de Vicente Aleixandre, es un destino que sin la Guerra Civil y la tragedia que desencadenó en su propia vida, en el exilio, etc., habría sido diferente. Y eso que es verdad, por ejemplo, está mezclado con las tragedias de los seres inventados.

¿Qué es real y qué es inventado? Para mí todo tiene el mismo grado de realidad en la medida en que yo a cada uno de los personajes le he dado el estatuto de personaje, es decir, a nadie lo he tratado como “estrella invitada” que haga una aparición, como se dice en el cine. ¿Os acordáis, en algunas películas americanas, de repente aparecía en una comedia de Doris Day un famoso músico, Xavier Cugat, por ejemplo, y en los

créditos decía “Doris Day... tal y tal, y Xavier Cugat as himself (haciendo de él mismo)”? En esta novela nadie hace de sí mismo. Don Eugenio D’Ors, que tiene importancia, Aleixandre, Lorca, los demás que he citado (no quiero repetirme), no hacen de sí mismos: son ellos mismos y (esto es un de los secretos revelados), cuando se citan versos de ellos, por ejemplo, de Hernández o de Alexandre, son versos de Alexandre. No soy tan insensato ni tan descarado como para reescribir a estos maravillosos poetas su obra. Pero sí son reinventados, basándome en la experiencia, en el caso de Alexandre, en la experiencia de haber sido amigo suyo durante muchos años –o, en el caso de Hernández, de haber leído incansablemente sus cartas, sus libros, sus versos, y haber conocido brevemente a su viuda y después a su nuera en Elche–, está deliberadamente inventado porque, repito, lo que yo quiero, como Shakespeare (y, perdón por la comparación) hace en Antonio y Cleopatra, no es citar a un historiador, en la supuesta frase, más o menos apócrifa que Cleopatra hubiera podido decir en semejante situación de ataque de celos. Shakespeare es verdadero respecto a lo que pudo pasar en aquel salón de Alejandría cuando esta mujer enamorada se entera de que su amor se ha casado con otra y, en vez de preocuparse de declararle la guerra a Roma o de defenderse de las legiones romanas, que están ya llegando a Alejandría, se limita a preguntar qué altura tiene su rival, y cómo habla y si su cabello es rubio o moreno.

A mí me interesaba –en esos personajes a los que, en su mayoría, no he conocido, pero que tienen un peso específico, no sólo en mi vida, sino en la de mucha otra gente, como lectores, al menos– reinventarlos como personajes de ficción, siempre en virtud de aquellos personajes totalmente inventados que forman el soporte de la novela. Setefilla Romero, que, si hubiera un protagonista definitivo, ella sería la que aparece en el primer capítulo y en el último, vuelve a cerrarlo. Ella es la protagonista en un libro absoluto que tiene muchos, pero ella es totalmente inventada –pregunta que me hacen–, lo mismo que es inventado el profesor de arte y la actriz de cuyo nombre me he olvidado ahora, etc. Pero, de repente y, es otro de los secretos de cocina que hoy quería compartir con vosotros, un personaje desmesurado, lleno de frases sentenciosas y de extrañas actividades como vanguardista, que es José Antonio Maenza, que todo el mundo, todo el lector que no supiera nada (y no tenía por qué saberlo), pensaba que era una invención mía, sin embargo éste es un personaje que existió. En una corta vida, trágica, pero que algunas personas, no únicamente yo, conocimos en los años sesenta. Y

## FORO COMPLUTENSE

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

los episodios, que a mí me divirtió mucho escribir, y que a los destinatarios también les ha divertido, en los que aparecen como personajes de películas que todo el mundo cree que no existen, pero que existieron, que nunca se estrenaron. Fueron unas películas que hizo en Super 8, en 16 milímetros, Antonio Maenza con la colaboración como actores de Enrique Vilamatas o Félix de Azúa... Félix de Azúa y Vilamatas salieron en esas películas. De una de ellas yo tengo en mi casa un trozo en DVD que ha sido transferido y, naturalmente, lo que dicen ellos y Maenza está todo inventado por mí, basado en algo que para mí fue muy importante, y que es también otro de los elementos clave de la novela, cuando la escribía: yo quería ser verdadero con los personajes. Es decir, ser verdadero en todo aquello que decían o hacían, teniendo claro que eran personajes de ficción y, en cuanto tal, comparecían, aunque se llamaran Federico García Lorca apareciendo en cada de Vicente Aleixandre una tarde, como se evoca en el libro en un capítulo, y organizando una pequeña fiesta improvisada. Pero quería, al mismo tiempo, ser verdadero, en la medida en que aquello que dijera este personaje de ficción, que lleva el nombre de Federico García Lorca, hablara como pudo hablar Federico García Lorca. Y ahí, de nuevo, uno echa mano de aquellas cosas que ha leído en las cartas, de aquellos relatos que, en el caso de Federico, hay muchos que Federico ha dejado, o las historias que, en este caso concreto, yo podía haber oído gracias a mi frecuentación de la casa del número 3 de la calle Vicente Aleixandre, antiguamente Belintonia, que ahora está, por cierto, en entredicho, y donde Vicente Aleixandre, a los amigos, a los que muy generosamente recibía... yo llegué allí cuando tenía diecisiete años.

El último día, llevé, junto a otros poetas, escritores y amigos, el féretro hasta el lugar del entierro. Vicente contaba, y eso te daba una sensación de vértigo, muy emocionante, sobre todo para un joven de diecisiete, dieciocho, diecinueve años: “Pues entonces aquel día llegó Federico, se sentó ahí donde tú estás sentado y me dijo: tal y tal”. Uno se sentía absolutamente conmovido, abrumado, orgulloso, empequeñecido, ante todo ello que Vicente contaba con una enorme naturalidad. Pero contaba incidentes, frases, ocurrencias (y Federico tenía muchas), con lo cual, la mayor parte, por no decir el cien por cien, de las ocurrencias, frases, incidencias y demás cosas que forman la carne de la novela, de los personajes de la novela, son inventados, pero son verdaderos. De ahí que cuando iba por la mitad... no, ya estaba casi acabando la novela (estaba leyendo un libro, una colección de relatos de Balzac), di con una frase que

parecía, lo sentía así, con la vanidad que, a veces tiene todo escritor, que Balzac la había escrito pensando en mí, pensando en esta novela que yo estaba terminando. Es una frase muy breve de una de las novelas, quizá menos conocidas, de las novelas breves menos conocidas, *Los secretos de la princesa de Cadignan* y él dice: *Nous n'inventons jamais que le vrai* (Sólo inventamos lo que es verdadero).

De alguna forma, yo lo que quería, en esta novela, era inventar lo verdadero cuando los personajes y las situaciones... por ejemplo, la escena de la pareja Alberti-León sufriendo de ladillas en Toledo. Eso, aunque parezca absolutamente inverosímil, es real. Y algunas escenas, que parecen absolutamente históricas son, sin embargo, inventadas. Ese juego fue el juego que a mí me fue dando las claves del libro. Yo traté que, en cierta medida, se mantuviera durante las cuatrocientas y tantas páginas que tiene el libro, y siempre intentando que la posible interrogación a la que tantas veces me he referido en esta charla, de si es verdad o es mentira, si existió o te lo inventas... no fuera nunca un impedimento ni una manera de despistar y, he de decir que, en las opiniones que he recibido (así me puedo, al menos, dar por satisfecho de que así ha sido), nunca impidiera la lectura del libro.

Por último (no quiero alargarme más), hablar del formato. El formato en el que esto se mantuvo. Yo soy siempre consciente de que, en aquel momento de revelación, pensé que estos dos personajes suizos de ese rarísimo encargo que recibí y que dio origen al libro, iban a transmutarse, iban a tener un eco, una especie de reflejo en los dos personajes inventados, Rafael y el real-inventado Federico García Lorca, con que arranca el libro. Otro de los enigmas para mí, misterios, dudas y, finalmente, decisión llevad a su término de manera firme y sin fisuras, era que ese formato, que a mí me había dado la salvación en la selección del encargo endiabrado de Suiza al que antes me he referido, me iba a dar, si salía bien, no la salvación, pero sí la clave de la novela. Es decir, esta novela, una novela que hablaba de las intimidades de una serie de personajes, de la historia privada de una serie de personajes y, al mismo tiempo, debía tener o quería yo que tuvieran, ecos de la Historia, iba a desarrollarse en ese formato que, en el caso suizo original me había dado a mí la clave y la solución. Tratar de crear personajes, inventados-reales, creándolos yo y, al mismo tiempo, no interviniendo yo como autor a las maneras conocidas.

Yo recuerdo que (aunque es un poco halagador para mí, pero la frase me parece tan brillante que no tengo más remedio que citarla) esta novela, cuando se publicó, tuvo una presentación en Barcelona y otra en Madrid. La de Madrid la hizo Ray Loriga, que es un escritor que yo admiro, ahora también es cineasta, y nos une también el amor por el cine. Pero bueno, no soy muy amigo suyo, pero le he tenido siempre mucho aprecio como escritor. Y él hizo una presentación muy brillante y dijo una frase que a mí me pareció estupenda, y por eso, con permiso suyo, la cito, mencionando la procedencia y pagándole un pequeño copyright. Él dijo que era “una novela sin Dios, que es un milagro”. Más allá de la ocurrencia halagadora, tiene mucha razón, porque la novela no tiene el Dios del narrador, el *Deus ex machina* que va haciendo una descripción o un diálogo, o cualquier otro de los múltiples recursos que el narrador, Dios, el narrador regicida, como lo califica García Márquez, dispone y, al mismo tiempo, y esa es la parte más halagadora, el milagro sería que, sin embargo, es un libro en el cual, si ha salido bien en mi propósito, tiene personajes vivos y, sobre todo, tiene algo que no tiene, que son los diálogos. Muchos lectores me han hablado de la novela y me han dicho: “Pero ¿y ese diálogo?... Perdona, diálogo no, claro, porque, en realidad, diálogos no hay”. Diálogo no hay ninguno porque nunca hay diálogo más que el epistolar que, además, casi siempre está descompensado, porque muchas cartas no tienen contestación o llegan demasiado tarde o demasiado pronto. Pero, de alguna forma, sí tiene esa especie de milagro, yo diría simplemente, operación, rebajando el tono del halago, de operación novelesca. Es decir, de construir una novela con todos los atributos de cualquier otra novela en la cual el autor nunca se permite hacer una descripción, porque todos los capítulos están escritos por los personajes distintos que se van escribiendo y que van creando una trama más o menos unitaria, que es lo que el libro tiene. Y creándolos, el autor, este supuesto Dios, que sería yo, creándolos siempre a través de sus voces. Es decir, nunca interviniendo yo, en una descripción o pensamiento ajeno o monólogo interior. Todo está dicho por ellos y ellos, de alguna forma, se defienden por sí solos.

Esto fue para mí el mayor riesgo, de cuya dificultad y su peligro era consciente. Al parecer, el libro no es una lectura difícil, porque, ni siquiera la única crítica negativa que ha tenido ha dicho esto, es decir, el libro se lee como cualquier otra novela. De hecho, uno olvida que está leyendo una novela epistolar que parece que suena a algo de

## **FORO COMPLUTENSE**

### **Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

Modera: Rosa Falcón

don Juan Valera o del siglo XVIII y lee una novela donde los personajes, en lugar de hablarse, se escriben. Muchas gracias.

#### ***Rosa Falcón***

Muchas gracias, Vicente, por tu intervención y por contarnos los secretos de cocina de la novela *El abrecartas*, de esta sugestiva novela. No sé si alguien quiere hacer alguna pregunta al autor, aprovechando... Sí.

#### ***Voz del público***

Sí, yo me doctoré con una tesis sobre Vicente Aleixandre y claro, la parte dedicada a Vicente me ha resultado interesantísima. Luego, una de las últimas tesis que he dirigido es, precisamente, una tesis dedicada a la palabra poética de Vicente Aleixandre. Fue en el mes de diciembre y, en ese acto que hay después de la tesis, donde los asistentes suelen comer juntos, lógicamente salió *El abrecartas*. Había una coincidencia general sobre el hecho de que Setefilla era un personaje absolutamente importante en la última novelística española. Andaba por ahí también mi amigo [parte inaudible] y yo le pregunté sobre Maenza. Y me dijo “Sí, si existió, era un amigo de Valencia, nos conocíamos, etc.” Pero hubo un momento en que tú decías si es histórica o no es histórica... eso da exactamente igual.

#### ***Vicente Molina Foix***

Claro.

#### ***Voz del público***

Se lee como una gran novela, con un interés extraordinario, y las personas que la hemos leído y la hemos comentado, coincidimos absolutamente. Pero hay una cosa que me gustaría saber. Por cierto, yo, que me doctoré con una tesis de Vicente Aleixandre que trata sobre el periodo surrealista, es decir, en el periodo en el que él está con Acero.

## FORO COMPLUTENSE

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Moderadora: Rosa Falcón

#### **Vicente Molina Foix**

Sí.

#### **Voz del público**

Yo no tenía ni idea de esa cuestión, no sabía nada, pero en el tribunal de la tesis había un gran poeta, que fue muy amigo de Vicente Aleixandre, que tiene miles de cartas.

#### **Vicente Molina Foix**

¿Miles?

#### **Voz del público**

Miles, miles... de cartas de Vicente dirigidas a él. Y yo quería saber el tema de Andrés, porque en la novela parece que muere en México. Y según me dijo este poeta, Andrés Acero muere en el frente. La pregunta es si esto es así o no, porque, de esa manera a lo mejor yo me podría explicar esos dos romances que tiene Vicente dedicados al soldado que muere en el frente. Esa es la pregunta concreta y, por otra parte, enhorabuena por esta novela tan absolutamente extraordinaria.

#### **Vicente Molina Foix**

Gracias. Bueno, pues sí, le contesto con toda franqueza, porque aquí ya hemos dicho que esta era una sesión... teniendo en cuenta que el número reducido de personas nos da más intimidad, le cuento la verdad. Yo he tenido también relaciones *post-novelísticas* con algunos amigos de Vicente (no sé a quién se refiere usted). Tengo otros amigos que también me han hablado de esto y que han visto un reflejo de la figura de Vicente. Como no podía ser menos, yo tengo por Vicente una admiración y un cariño... fue una persona fundamental en mi vida. Le conocí a los diecisiete años y llevé su cuerpo hasta el cementerio. Pero, en fin. Vicente Aleixandre fue una persona que tuvo en su vida no una reclusión voluntaria (porque eso crea una imagen injusta), pero era una persona a la que conocí cuando ya tenía una edad, sesenta y algo, y luego fue

### Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita

Modera: Rosa Falcón

envejeciendo, de modo que vivía retirado, había tenido siempre mala salud desde antes de la guerra. Siempre contaba que no se había ido al exilio como hubiera sido, probablemente, su destino, porque no tenía salud. Porque pasó una parte de la guerra en cama. Le habían quitado un riñón, en un momento en el que los avances médicos no eran como los de ahora... De todas maneras, él era un hombre de una gran vitalidad, iba mucho al cine, iba al teatro.... aparte escribir comentarios, yo me lo encontré en cines de Madrid por la tarde. El caso es que él vivió una vida muy recatada, voluntariamente, pero, al mismo tiempo, a las personas de su intimidad, entre las que tuve la suerte de contarme, él contaba lo que era su vida. Yo acabo de leer una cosa que (también lo confieso aquí, porque estamos en familia) no me ha gustado nada en una revista que acaba de salir, hablando precisamente de este problema que hay ahora con la casa de Belintonia, que la querían tirar para hacer un bloque. Y ahí hay unas personas que están llevando a cabo una misión de salvamento, y hay un lío, y la comunidad, y el ayuntamiento... Lo cierto es que una revista "literaria" ha publicado un dossier sobre este tema. El dossier es bienintencionado, pero hay un recuadro (lo he leído ayer mismo) que dice: "Las mujeres de Aleixandre". Aleixandre tuvo unos amores muy importantes con mujeres, es cierto, pero los más importantes fueron con hombres. Decir esto es una absoluta verdad que yo, al menos, y muchos otros opinamos que es absolutamente justo y hace honor al personaje, no le da ningún demérito. Además, yo puedo decir, en mi caso particular, que coincide con el de otros poetas muy ilustres de nuestro país, que cuando Vicente contaba sus historias personales, desconocidas, porque entonces no había ninguna biografía y cuando ha habido una primera biografía en vida de él, lo amoroso se velaba para no entrar en disquisiciones o en distingos, yo recuerdo muy bien (y como digo, lo he comentado con otros amigos que tenían la misma respuesta), un día, después de oír, conmovido, una tarde entera, que luego se fue repitiendo en otros momentos, la historia de Andrés Acero, sobre la que voy a contestar ahora, inmediatamente, pues yo le dije: "Vicente, pero toda esta parte de tu vida, tan dramática, tan emocionante, tan de tu vida, que es tu propia vida... todo esto a ti te importará que algún día se sepa". Porque claro, la conocemos ciertas personas. Y dijo esta respuesta, que ya he contado antes en una entrevista: "Cuando yo ya haya muerto y, sobre todo, haya muerto mi hermana Conchita, estas cosas pertenecen a los que las han escuchado y, como son verdad, justo es que salgan a la verdad". Andrés Acero fue una

## **FORO COMPLUTENSE**

### **Vicente Molina Foix - El abrecartas: correspondencia inédita**

Modera: Rosa Falcón

historia fundamental, no diré que la más fundamental, porque hubo otra posterior, extensa y muy importante, también masculina, en la vida de Vicente, pero Andrés Acero existió y le debo decir –tengo absoluta certeza de ello– que su vida fue como yo la cuento. Es decir, no murió en el frente. Todos los incidentes que yo relato están basados en lo que Vicente contó y lo que los otros amigos de Vicente, como Francisco Brines u otros que podría citar saben muy bien, es todo verdad y, una vez más, está todo contado por mí. Es decir, yo no conocía a Andrés Acero, que se llamaba así. De hecho, la primera vez que, en mi conocimiento, sale el nombre de Andrés Acero, es en la edición de Alejandro Duque Amusco, de las cartas de Alexandre, de las prosas, donde hay una gran correspondencia final. Yo tengo cien cartas de Vicente. Yo di también unas cuantas, cinco o seis, y ahí, en una cronología un poco detallada que hay al final, es un poco misterioso. Claro, nadie que no sepa nada lo entiende. Dice: “En 1931 conoce a Andrés Acero”. Y nunca más se habla de Andrés Acero en esa cronología. Pero claro, aparece. Bueno, pues Andrés Acero fue una historia muy importante, que fue presentado a Vicente, como yo cuento, inventando la situación, por Federico García Lorca, en una situación que se relata en el libro, en la casa de Belintonia, etc. Los demás incidentes son ciertos: se va a la guerra, el encuentro entre los dos amantes se produjo, la visita de la madre de Andrés Acero se produjo, se produjo el exilio, que yo reinventé en sus detalles y, lo más curioso, se produjo el encuentro de Andrés Acero, hombre derrotado, exiliado, pobre y a punto de morir, como le pasó en realidad, con Carlos Bousoño en México. Todo eso es cierto.

### **Rosa Falcón**

¿Hay alguna pregunta más por parte del público?

### **Vicente Molina Foix**

Pues muchísimas gracias por su atención.

### **Rosa Falcón**

Podemos cerrar el debate. Muchas gracias.

[Aplausos].